

ADMIRABLE CONSTANCIA DE UN NIÑO.



EL Señor, que cuando le agrada hace elocuentes á los infantes, para ensalzar su gloria quiso que muchas veces estos cooperasen al triunfo de la fé, confesándola valerosamente. En Cesaréa de Capadocia, un niño llamado Cirilo, mostró un extraordinario valor, que llenó á los fieles de gozo y admiracion. Este Santo niño traía continuamente en la boca el nombre sagrado de Jesucristo: sentia al pronunciarlo una fortaleza, que le hacia insensible á las amenazas y promesas que se le hacian. Su padre, que era idólatra, no pudiendo conseguir que invocase á los dioses falsos, lo arrojó de su casa, despues de haberle maltratado. Informado de esto el juez de la ciudad, mandó á los soldados que prendiesen al jóven Cirilo, y lo llevasen á su presencia. Cuando lo vió le dijo con dulzura: hijo mio, quiero, en consideracion á tu edad, perdonar tus faltas: nada te interesa tanto como volver á la gracia de tu padre, y á la posesion de sus bienes: sé sábio y reconoce tu supersticion. El Santo niño respondió: estoy muy contento en sufrir baldones por lo que hago: Dios me ha recibido y yo estaré mejor con él que con mi padre: me complace de ser arrojado de la casa de mi padre, habitaré otra que es de mayor hermosura y belleza: renuncio gustosamente los bienes temporales, para poseer los del cielo: no temo la muerte, porque á ella se sigue una vida mas di-

chosa. Pronunció estas palabras con un valor, que mostraba bien que Dios hablaba en él. El juez entonces tomando un tono de severidad, propio para intimidar al Santo Niño, le amenazó con la muerte: le hizo atar como para llevarle al suplicio: mandó preparar un monton de leña y prenderle fuego; pero este admirable niño, lejos de atemorizarse, jamas mostró tanto valor y firmeza como entonces: se dejó conducir sin derramar una lágrima: lo acercaron al fuego: le amenazaron arrojarle en él; mas nada perdió de su constancia. (El juez secretamente habia mandado, que únicamente se contentasen con atemorizarlo). Cuando vieron que la presencia del suplicio no habia hecho en él impresion alguna, lo volvieron al juez. Este le dijo, ahora bien, ya has visto el fuego y la espada, pensarás con mas cordura: por tu sumision á mi voluntad y á la de tu padre, merecerás el que te vuelva á su gracia, y que te reciba en su casa. El niño Cirilo respondió: me habeis hecho un gran daño con volverme á llamar: no temo ni el fuego ni la espada: suspiro por llegar á una mansion feliz mas apetecible, y con ansia deseo la posesion de unas riquezas mas sólidas que las de mi padre: Dios, que debe recibirme, me recompensará: has que muera pronto para ir á él cuanto antes. Los circustantes lloraban oyéndolo hablar de esta manera; pero él les decia, no deis llorar sino alegraros: y en lugar de quererme ablandar con vuestras lágrimas; debiais esforzarme y animarme á padecer: no sabeis la gloria que me aguarda, y que es mi única esperanza: dejad que mi vida temporal termine. Tales fueron los sentimientos con que se dirigió al suplicio, segun dicen las

actas de su martirio; aunque no refiere el género de muerte que sufrió. La fortaleza del socorro divino, de la que ya hemos visto pruebas tan sensibles en un seco frágil y delicado; se manifestaba entonces en una edad en que son tan naturales la timidez y la inconstancia.

CASTIGO DE LOS PERSEGUIDORES Y CARIDAD DE LOS CRISTIANOS.

DIOS ejerció su venganza divina contra Valeriano, que fué uno de los mas crueles perseguidores del cristianismo. Este príncipe, despues de haber perdido una batalla, se empeñó imprudentemente en una conferencia con Saport, rey de Persia, que se apoderó de su persona. Le hizo prisionero, y le trató con la mayor indignidad. Cuando Saport queria montar á caballo, le hacia postrarse delante de él, le ponía el pié sobre el cuello, y le servía de estribo al subir: le hizo por último, desollar vivo, y su piel teñida en sangre, se colgó en el templo de los persas como un monumento de oprobio de los romanos. Los paganos se asombraban de la desdicha de Valeriano; pero los cristianos reconocían la mano de Dios agravada sobre la cabeza de un príncipe, que tan cruelmente les había perseguido. El imperio quedó entonces sumergido en las mas terribles calamidades: los pueblos bárbaros se estendieron por todas sus provincias; los godos recorrieron la Trasia y la Macedonia, y dejaron en toda la

Grecia señales de su furor: los germanos pasaron los Alpés, y se dirigieron á la Italia, hasta Rabena: otros entraron á las Galias y pasaron á España. Los Sármatas asolaron la Panónia: los partos penetraron hasta la Siria, y todo el imperio ardía en guerras civiles. Se contaban hasta treinta tiranos que se daban el nombre de emperadores de Roma. Hubo entonces grandes terremotos; y el mar saliendo de sus límites inundó muchas ciudades. Sucedió la peste á todos estos males, y fué en Roma tan violenta, que muchas veces en un solo dia, arrebataba muchos millares de hombres. Esta no fué menos asoladora en Alejandria: era, dice San Dionisio, obispo de esta ciudad, como una inundación general; no habia casa en que no se llorase algun muerto: la ciudad resonaba con los clamores y gemidos de sus habitantes: el santo obispo añade que este mal era para los paganos la mas cruel de todas sus calamidades, y para los cristianos la ocasion mas propia de ejercer una heroica caridad: ellos únicamente tenían el valor de ocurrir al socorro de los enfermos: la mayor parte de nuestros hermanos, dice el Santo, ocurren á hacer estos oficios de piedad: ellos visitan con generosidad y consuelan á los enfermos: no les detenia el peligro de contagiarse, de suerte que muchos murieron por la asistencia y curacion de los enfermos: muchos sacerdotes, diáconos y legos virtuosos han sacrificado su vida: los que quedan remplazan á los otros y continúan haciendo á los enfermos los mismos servicios. Por el contrario, los paganos huyen, abandonan á los que mas aman, arrojan en las calles á los moribundos, y dejan insepultos á los cadáveres, tirados como un

estiercol: tanto es el temor que tienen de contaminarse, que siempre procuran salvarse con la fuga. Esta diferencia en la conducta de unos y otros, era notoria á todo el mundo, y declaraban todos públicamente, que los cristianos eran los únicos que conocían la verdadera piedad. La Iglesia honra como mártires á aquellos que por motivo de esta peste fueron víctimas de la caridad.

Adición.—En el pontificado de San Dionisio, y por el celo de este santo papa que murió el año . . . fueron condenados los principios heréticos de Sabelio y Pablo Samosata. Sabelio sostenía que no había otra distinción que la de los nombres en las tres divinas personas; pero que en el fondo había la misma unidad entre ellas que la divina esencia: por otra parte, (digan lo que quieran algunos autores que no penetraron bien sus sutilezas) negaba la consubstancialidad del hijo con el padre, tomando este término en un sentido grosero y corporal, y acusando á los santos doctores de que dividían la divinidad como un cuerpo en varios pedazos, por tanto pretendía este herejarca, que Jesucristo era un puro hombre que no existía antes de María, de la cual había adquirido el principio de todo su ser. Pablo de Samosata, sucesor de Demetriano, obispo de Antioquia, de vida afeminada y voluptuosa, de disolutas y escandalosas costumbres, condenado en el concilio de Antioquia, cuyo presidente fué el piadoso Firmiliano de Cesaréa, ante quien por entonces fingió arrepentirse, abjurando sus errores, depuso al fin la máscara de su hipocresía: fué escómulgado y vergonzosamente depuesto de su silla: usaba la palabra consubstancial; mas no como se recibió en el concilio Niseno, sino en el sentido material y grosero de los sabelianos, á cuyos demas errores se adhería.

(AÑO 274 DE JESUCRISTO.)

NONA PERSECUCION BAJO EL EMPERADOR AURELIANO.

Lemperador Aureliano que, en los primeros años de su reinado, no se había declarado contrario á los cristianos, varió pronto con respecto á ellos de con-

ducta. Creyó grangearse la estimacion del senado, y del pueblo persiguiendo á los enemigos de sus dioses: iba á firmar un edicto terrible contra ellos, cuando un rayo que cayó á sus piés lo llenó de terror: el pavor que se apoderó entonces de su espíritu, le hizo abandonar en aquella vez su designio; pero no se mudó su voluntad, y difirió únicamente la persecucion. Algun tiempo despues entregado á la corrupcion de su corazon, dice Lactancio, autor casi contemporáneo, publicó Aureliano contra nosotros edictos crueles y sanguinarios; mas esto fué por dicha nuestra casi al fin de su reinado, que fué muy corto; de suerte que los edictos no habian sido aun remitidos á las provincias retiradas, cuando murió. De este modo el Señor hace ver que no deja á los poderosos del siglo la libertad de perseguir á sus siervos, sino es cuando sirven á los designios que tiene sobre ellos de su justicia ó de su misericordia. Entre tanto, como las inclinaciones conocidas de los emperadores ó soberanos no son frecuentemente menos eficaces que sus órdenes espresas, el odio al nombre cristiano que este emperador habia manifestado antes de morir, no dejó de hacer que muchos confesores recibiesen la corona del martirio. Uno de los mas ilustres fué San Conon, que lo padeció en Licaonia. Burlándose el juez de su austera y mortificada vida, el santo mártir le dijo con firmeza: la cruz es toda mi delicia: no creas intimidarme con todo el aparato de los tormentos: yo conozco su precio, y sé cuanto contribuyen á la verdadera felicidad: los mas crueles y dilatados, forman el objeto de mis deseos. El juez para ablandarlo, le preguntó si tenia hijos: uno tengo, respon-

dió, y tendria bastante gozo, si participase de mi dicha. Lo hizo traer al momento, y condenó á ambos á un mismo suplicio. Les cortaron á ambos las manos con una sierra de madera. Los tendieron en una cama de hierro hecho ascua; y los trasladaron desde ella á una caldera de aceite hirviendo, donde espiraron alabando á Dios. A esta persecucion se refiere igualmente el martirio de San Dionisio, primer obispo de Paris. Este santo obispo despues de haber establecido en la misma capital una iglesia floreciente, trabajó por el ministerio de sus discípulos para estender la fé en las provincias cercanas, con tanto celo, que por él mereció el título de *Apóstol de las Galias*. No se sabe con certeza el pormenor de la vida de estos hombres apostólicos; pero cultivaron con mucho fruto esta parte del campo del Señor; y para hacerlo mas fértil era preciso que no solamente con sus sudores, sino que tambien lo regasen con su propia sangre. Dios coronó los trabajos de sus generosos ministros con un glorioso martirio, cuyas actas no han llegado á nosotros: lo único que se sabe es que en una persecucion que se levantó prontamente prendieron á San Dionisio en compañía de un sacerdote llamado Rústico, y de un diácono Eleuterio, por orden del presidente Fesenio; quienes despues de haber confesado generosamente la fé, sufrieron los azotes y diversos géneros de suplicios, y al fin fueron degollados. Una tradicion constante apoyada sobre antiguos monumentos, nos manifiesta, que su martirio se ejecutó en una montaña cerca de Paris, nombrada despues por este motivo, Monte de los Mártires, y vulgarmente Monte Mártir. En Paris

se manifiesta el lugar donde San Dionisio fué aprehendido; y otro igualmente en donde lo atormentaron: dos iglesias se han erigido en honor suyo. El presidente habia dado orden de que se arrojasen los cuerpos de los mártires en al Sena; mas una señora pagana que pensaba abrazar la fé, pudo conseguirlos, de aquellos á quienes se habia encargado esta comision, é hizo enterrar secretamente las santas reliquias.

Adicion.—En un concilio celebrado en Mesopotamia el año de 277 fué condenado el maniqueismo, cuyo autor Manés, empezó el año anterior á este, á arrojar las primeras semillas de la heregia mas duradera y monstruosa. Manés era natural de Persia, nacido en la esclavitud, de que le sacó una viuda, la que lo educó como á su propio hijo: mudó su nombre Cubric, en el de Manés. Los errores de este sofista, sin embargo de ser bastante impíos y groseros, tuvieron mucho séquito: establecia dos dioses ó principios; el uno autor del bien, y el otro autor del mal: atribuian igualmente al hombre dos almas: negaban el libre albedrio, y no se tenian por culpables de sus acciones aun las mas infames, que miraban como natural efecto del alma mala: desechaban por tanto, todos los artículos de fé que eran incompatibles con sus máximas: como el pecado original, la necesidad de las buenas obras y el misterio de la Redencion: condenaban el matrimonio: declamaban sediciosamente contra la administracion civil, y toda potestad exterior: atribuian al principio malo la antigua ley: daban el nombre de idolatría al culto de las reliquias y santas imágenes: miraban como solo aparente la Encarnacion y Pasion de Nuestro Señor Jesucristo: adoptaron las mas extrañas ideas contra la augusta Trinidad; pues unas veces decian, que una sola era la persona de Dios, bajo tres nombres diferentes; y otras veces, que estas Personas estaban incorporadas con el aire, la luz, el sol y la luna: admitian la transmigracion Pitagórica.

El maniqueismo se componia de dos clases: oyentes y escogidos: á éstos últimos se confiaban todos los misterios de la secta, reducidos á las infamias mas esecrable, cometidas en sus conventiculos: entre los escogidos habia doce que llamaban maestros; y ademas otro, que en calidad de sucesor de Manés, tomaba el nombre de Paráclito. Inferiores á estos habia setenta y dos obispos ordenados por los maestros que podian ordenar igualmente presbíteros y diáconos.

(AÑO 303 DE JESUCRISTO.)

DÉCIMA Y ÚLTIMA PERSECUCION

BAJO EL IMPERIO DE DIOCLESIANO.

EL imperio romano, que por espacio de tres siglos había procurado inútilmente con ataques casi frecuentes, destruir el cristianismo, hizo á este fin, el último esfuerzo, y en lugar de aniquilarlo, acabó de establecerlo. Reinaban entonces Dioclesiano en el Oriente, y en el Occidente Macsimiano. Publicó el primero en Nicomedia un edicto, el año de 303, que mandaba destruir las Iglesias y quemar las Santas Escrituras. Este, sin embargo, no era mas que un ensayo de otros crueles edictos, que despues de este se publicaron é hicieron correr arroyos de sangre en todas las provincias del imperio; porque su colega Macsimiano imitó un ejemplo tan conforme á su feroz inclinacion. Ejercieron contra los cristianos crueldades inauditas, y emplearon tormentos que hasta entonces habian sido desconocidos. A algunos en Mesopotamia, colgaron con la cabeza ácia abajo, y los sofocaron con un fuego lento que encendian bajo de ellos. En la Siria los quemaban en parrillas: en la provincia del Ponto se les introducian unas puntas de caña bajo las uñas, y despues vertian sobre ellos plomo derretido: en Egipto, despues de atenacearlos, dilaseraban su

cuerpo con pedazos de vasijas quebradas: en la Frigia, una ciudad entera, cuyos habitantes eran cristianos, fué acometida por los soldados, á quienes se dió orden de incendiarla: los hombres, las mugeres y los niños, todos perecieron en las llamas invocando el nombre de Jesucristo. El historiador Eusebio, testigo ocular de una parte de estas bárbaras escenas, dice: que los tormentos ejercidos contra los cristianos en esta horrible persecucion, superan á quanto se puede decir: toda la tierra de Oriente á Occidente, dice Lactancio, se inundó en sangre. Dios, que jamas deja desamparada á su Iglesia, la sostuvo en tan terrible prueba, y proporcionó los socorros de su divina gracia, á la violencia de este combate. Comenzó la persecucion por el mismo palacio del emperador. Muchos de sus primeros oficiales eran cristianos: les obligaron á sacrificar á los ídolos; pero ellos quisieron perder mas bien el favor del príncipe, ser depuestos de sus empleos, y sufrir los mas crueles tormentos, que ser infieles á su Dios. Uno de ellos llamado Pedro, sufrió con invicta constancia unos tormentos, cuya relacion hace estremecer. Despues de haberle despojado de sus vestidos, lo ataron á una máquina, que elevándolo á grande altura le hacia caer despues sobre un pavimento cubierto de piedras; aunque su cuerpo quedó bastantemente maltratado con la caida, añadieron á este tormento los mas inhumanos golpes, que molieron todos sus miembros: sus llagas eran tan profundas, que se le descubrian los huesos: sobre ellas vertieron sal y vinagre. Los fuertes dolores que sentia no bastaron á rendir su valor. Pusieron entonces fuego bajo una parrilla, sobre la

cual hacian quemar cada parte de su cuerpo, una despues de otra; y para prolongar este insufrible tormento, le retiraban del fuego algunos intervalos de tiempo, para continuar despues la misma tortura. Toda esta crueldad refinada fué inútil; y el mártir habiendo triunfado del dolor y del tirano, espiró sobre este horroroso lecho, sin haber dado ni la menor señal de flaqueza. ¡Qué fortaleza! ¡Qué constancia! No, el hombre por sí mismo no es capaz de tal firmeza, y es preciso que una virtud mas que humana, lo haga insensible en medio del fuego en que es paulatinamente abrasado.

MARTIRIO DE S. QUINTIN.

MACSIMIANO habia establecido á Riccio Varo su prefecto, en las Gálias. Éste tan cruel como su príncipe, corria de una á otra ciudad, llevando por todas partes el espanto y el horror: inundando con la sangre de los cristianos todos los lugares por donde pasaba. Llegó á Miens donde San Quintín, hijo de un senador romano, anunciaba con celo y con feliz suceso, la sagrada doctrina del Evangelio. Hizo prender al santo; y habiéndole hecho presentar á su tribunal, le preguntó su nombre. Soy cristiano, este es mi nombre, respondió el santo: si deseas conocer mas, sabe, que mis padres me llaman Quintín. Quiénes son tus padres, preguntó el prefecto; soy ciudadano romano é hijo del senador Zenon.

El prefecto añadió, ¿cómo siendo de tan noble familia, te has dejado infatuar de esas locas supersticiones? Quintín respondió: la mas brillante nobleza, es conocer á Dios y obedecer con fidelidad sus mandamientos: no des á la religion cristiana el nombre de supersticion, que de ninguna suerte puede convenirle; pues ella conduce á la verdadera felicidad, que consiste en el conocimiento del verdadero Dios y su hijo Jesucristo, por quien todas las cosas fueron hechas, y en todo es igual á su Padre. Si tú ahora mismo, añadió el prefecto, no ofreces sacrificios á los dioses, yo te juro por todos ellos, que te haré morir en los mas crueles tormentos. Por lo que á mí toca, dijo Quintín, yo te prometo por el Señor mi Dios, que jamas haré lo que me mandas; pues no temo ni á tus amenazas, ni á tus dioses. El tirano le hizo azotar primero cruelmente, y ordenó despues que se encerrase en una oscura prision. Allí lo visitó un ángel, y le mandó que fuese á instruir al pueblo. Salió sin obstáculo alguno del calabozo, y corrió á predicar á la plaza principal. Así un milagro tan manifiesto, como sus sufrimientos por Jesucristo, dieron tal fuerza á sus palabras, que convirtió entonces casi seiscientas personas. Los mismos guardias convencidos de su libertad milagrosa, creyeron en Jesucristo. S. Quintín compareció segunda vez ante el prefecto, el cual trató de ganarlo con lisongeras promesas: como ellas eran tan inútiles como las amenazas, recurrió el tirano á nuevos tormentos para vencer la constancia del santo mártir. Le hizo atar y atirantar su cuerpo, por medio de unas poleas, de un modo tan violento, que todos sus miembros se dislocaron: